

## VII. RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS



## **LA CASA DEL OLIVO**

*De Carlos Castilla del Pino*

Ha pasado tiempo suficiente para que sea posible tratar del libro sin apasionamiento.

No voy a pronunciarme sobre si es justo o exagerado el alto concepto que expresa el memorialista Carlos Castilla de sí mismo, en el segundo volumen de sus memorias, que abarca su etapa cordobesa (1949—2003), y que por tanto comprende la Córdoba de postguerra y franquista.

Sí he de oponerme a la conclusión negativa implícita en la obra (“Casa del Olivo”. Barcelona, 2004, 1ª edición): ninguna otra persona en la ciudad con inteligencia, cultura, independencia, progresismo, antifranquismo, saber profesional... Tan increíble como falso.

Como también considero un deber alzar mi voz, para que quede escrita y publicada, y pueda ser leída por investigadores y curiosos dentro de cincuenta años y más, y no queden como datos objetivos y verdaderos los juicios que hace el memorialista de las personalidades cordobesas a que alude, casi siempre con un evidente menosprecio, y comúnmente mediante apuntes biográficos tan breves y displicentes como arbitrarios.

El párroco de Santa Marina don Martín Arrizubieta, vasco deportado, conocido antifranquista, era hombre culto, con gran pulso político, que conectaba muy bien con los grupos culturales y políticos jóvenes de la sociedad cordobesa, inquietos fuera de la órbita franquista, gozando de su respeto. Tuvo mucha conexión con el grupo de la revista *Praxis* que encabezaba un valor tan seguro como José Aumente, psiquiatra y ensayista político. Pues bien, para el memorialista, Arrizubieta solo era una persona sin consistencia y un chivato (página 62).

Al doctor Manuel Quero Morente, eminente cardiólogo y persona muy culta, con un gran prestigio justamente ganado, el memorialista únicamente le concede que sabía escuchar y que aconsejaba bien, y de él resalta que no se repuso nunca de la circunstancia biográfica de ser hijo del primer Delegado de Orden Público “cuando la sublevación franquista y, por tanto, el primero de los represores de Córdoba” (página 106).

Rafael de la Hoz, premio nacional de arquitectura, presidente de la Asociación Mundial de Arquitectos, con abundante obra admirable y admirada, perdurable, con honda huella en la ciudad y en otros muchos lugares, es para el memorialista simplemente un delator, que llegó a Córdoba —sic— con el infundio de que en el chalé de Castilla había un zulo donde en ocasiones se había retenido a algún secuestrado (página 117).

El doctor Vicente Florez de Quiñones, llegado de tierras leonesas muy joven, afinado para siempre en Córdoba, con renuncia reiterada de destinos más productivos, tenía el pasado encomiable de haber trabajado en la Reforma Agraria, y fue un notario de magnífica formación y triunfante ejecutoria (no solo hacía números para su protocolo; resolvía situaciones problemáticas muy difíciles), con publicaciones muy estimadas en su haber, y que gozaba de la admiración de todas las figuras del notariado español,

como tuve ocasión de comprobar personalmente más de una vez con Vallet de Goytisolo y Nuñez Lagos, por ejemplo. Para Castilla, Florez de Quiñones no fue más que un cínico y un especulador inmoral, puesto que se enriquecía aprovechando los datos que conocía en su condición de notario; y además acabó sólo (páginas 118 y siguientes).

Bartolomé Vargas Escobar ha sido considerado por Diez Picazo, uno de los iuscivilistas españoles destacados de todos los tiempos, como uno de los tres mejores abogados que ha conocido en su larga vida profesional. Vargas Escobar como decano de Colegio de Abogados de la provincia, se enfrentó a la judicatura, con titulares en todos los medios de información nacionales, por una nota de prensa que publicamos denunciando las posibles irregularidades habidas en el registro judicial del bufete de un abogado comunista, realizado por motivos políticos; estuvimos —yo era secretario de la junta de gobierno del Colegio— a punto de ser procesados; lo habríamos sido de no desistir la Fiscalía de acusar. En su misma condición de decano, Vargas dimitió de su cargo, con repercusión en el ámbito nacional, por los fusilamientos de Burgos. El memorialista Castilla lo dibuja como un ultra que le increpa el contenido de los comunistas por el asesinato de Carrero Blanco (página 408).

Jhon Haycraft, fundador de la Academia Británica y de la Casa Internacional en Córdoba, publicó un libro sobre la sociedad cordobesa que él trató (“Babel in Spain”) crítico y burlón. La reacción ante la divulgación del contenido del libro en la prensa local por el novelista Landinez, a quien yo se lo facilité inocentemente, forzó la salida de Córdoba del británico, aunque los personajes estaban disimulados con nombres supuestos. Muy pocos cordobeses resultaban bien parados, desde luego Castilla no, pero es un libro interesante a la hora de construir nuestra pequeña historia. Para el memorialista, Haycraft es simplemente un campeón de la estupidez (página 53).

Un claro ejemplo de las alusiones sistemáticamente cicateras del memorialista a todas las personalidades cordobesas de que trata es la de Antonio Gala. “Los de *Cántico* me hablaron de un hijo suyo (del médico don Luis Gala, venido de Brazatortas), al que evitaban cuanto podían. Se llamaba y se llama Antonio y ha llegado a ser un dramaturgo y escritor conocido” (página 109). Eso es todo.

¿Hay quien dé menos?

Rafael Mir Jordano

## EL UNIVERSO LUMINOSO

*De Manuel Gahete. José M.<sup>a</sup> Molina Caballero (Editor y Director), Revista literaria Ánfora Nova, N<sup>o</sup> 61-62. Rute, Ánfora Nova y Cajasur Publicaciones, 2005.*

Hace unos meses, el reciente número de la prestigiosa “Revista Literaria Ánfora Nova” que era admirado en España y en los ámbitos culturales de Hispanoamérica (adonde la revista llega por el empuje de su director José M.<sup>a</sup> Molina Caballero) estaba dedicado al poeta de Moguer y se titulaba *Juan Ramón Jiménez. Poesía y prosa inéditas*. Cuando todavía se están divulgando los datos de las colaboraciones e investigaciones publicadas en tal volumen, otro último también auspiciado por Ánfora Nova se ha puesto en circulación para ofrecer “un granado conjunto de visiones acerca de la obra esencial y humana de Manuel Gahete, abordada desde diferentes perspectivas”, y por

ello presentada bajo el titular *El universo luminoso de Manuel Gahete*. En las ciento setenta y cuatro páginas de que consta cabe hacer muy distintos apartados, ya indicados claramente en el sumario, pero susceptibles de ser reducidos esencialmente a cinco secciones que iremos comentando según su contenido. El de la primera, evidentemente, tiene la finalidad de justificar y presentar todos los textos como un merecido homenaje al poeta cordobés, nacido en Fuente Obejuna en 1957 y actualmente reconocido –según las palabras con que Antonio Gala abre la edición– como autor de una “obra ya casi ingente” que le lleva a concluir: “Cuantos elogios contenga este cuaderno, creo yo, no podrán superarla”. Elogios son, sin duda, muchas de las apreciaciones que siguen, como la de Miguel Castillejo Gorráiz en su “Presentación” atribuyéndole “la madurez inapelable de quien ha de ser, por derecho, un clásico en la literatura española”; o la de Mateya Matevski, que lo califica de “verdadero poeta del tiempo que vivimos y de los temblores líricos y pensamientos inquietos que traspasan con su belleza sus límites”; y también la de Joaquín Criado Costa, quien en su texto “Manuel Gahete: la ciencia literaria” da razones suficientes a su afirmación inicial de que “no es sólo un excelente poeta sino también un investigador serio y riguroso”.

Con todo, la justificación más plena de este completo volumen la tenemos en la siguiente sección, en la que se hace, primero, un exhaustivo recuento bio-bibliográfico del escritor (poeta, catedrático, académico, ensayista, antólogo, historiador, traductor, crítico literario o autor teatral), y luego, se le publican un texto propio que viene a ser un autoanálisis de su escritura, varios poemas inéditos (en los que sorprende su capacidad para conjuntar líricamente las ideas más diversas) y también un relato en cuyo argumento destaca lo imaginativo junto a la vitalidad de inesperados vocablos. A este conocimiento directo del escritor se añade, bajo el epígrafe “Extractos de correspondencia”, una buena sarta de opiniones críticas y personales que proceden, entre otros, de la pluma de Mariano Roldán (que pronosticó “las posibilidades que alberga ese poeta para culminar –tiempo al tiempo– una obra señera, única”), de Concha Lagos (que alaba en él “una voz propia, fuera de coro. La tuya lo es”), de Russell P. Sebold (quien le dice: “Es inagotable tu inspiración; de ella proceden siempre nuevas y maravillosas bellezas del arte poética”), o de Joaquín Ortega Parra (poeta que describe la poesía de Gahete como “Algo que conmueve en su contenido y arrasa en su grandeza”). No es de extrañar, ante estos comentarios, que los versos de Gahete hayan sido traducidos –como se muestra en las páginas que siguen a las misivas anotadas– a lenguas como el árabe (Mohammed Dahiri), el rumano (Horia Badescu), el italiano (Michelle Coco), el francés (Pierre Molla) o el inglés (Russell P. Sebold y A. Rose Bergin Rigney).

Teniendo en cuenta la admiración que ya ha alcanzado la obra de Gahete –“un clásico dentro de la poesía andaluza y española de este siglo”, según reconoce José Luis García Herrera en la pág. 38–, serán los dos apartados siguientes, “Estudios y reseñas críticas”, que incluye dieciséis colaboraciones, y “Semblanzas”, con diez artículos, los que aporten mayor novedad al volumen por cuanto contribuyen a desvelar los secretos de la creación gahetiana, a interpretarlos desde el punto de vista crítico y a relacionarlos con la personalidad del hombre que los ha modulado líricamente.

El citado profesor de la Universidad de Pensilvania, Russell P. Sebold, es quien abre la sección de estudios y reseñas con su texto “Manuel Gahete, poeta neomístico”, en el que valora el apego de Gahete a la tradición lírica hispana y de manera particular razona su calificación de “neomístico” por encontrarlo “una y otra vez entablando insistentes diálogos espirituales con fuerzas trascendentes, ascendentes y descendentes [...]”. Tal artículo es el punto de partida para que en páginas posteriores otros críticos

vayan aportando sus visiones o interpretaciones de diversos poemarios. A *El legado de arcilla* se aproxima Justo Jorge Padrón para encomiarlo “por la elegancia de un álgebra personal en la que cada símbolo, cada metáfora, cada palabra, alcanzan la llama donde el artificio y la magia se unen para formar la expresión bella, incitante y misteriosa del poema”; es una obra de la que también F. Morales Lomas realiza un análisis detenido para destacar aspectos como el contraste, la intensidad amorosa, la fusión con la naturaleza, y nuevamente las referencias a la tradición literaria. Al mismo libro volverán después Diego Vaya y F. Vélez Nieto. Igualmente, artículo tras artículo, asistimos a la exégesis de libros como *Mapa físico* (al que se refiere Pedro Ruiz Pérez), *La región encendida* (cuyos valores temáticos y registros formales destaca Eduardo García), *Casida de Trassierra* (nuevo eslabón de la tradición gongorina explicado por Fernando de Villena), o incluso de *Ángeles de colores* (un texto especial entre lírico y dramático del que se ofrece la lectura de Antonio A. Gómez Yebra). Y sin perder de vista los aspectos ya señalados, en distintos libros de Gahete se van a apoyar otras críticas para comentar rasgos generales de su obra. En “Topoi y ritmo en la poesía de Manuel Gahete” Ángel Estévez Molinero precisa la reorientación que el poeta lleva a cabo de varios tópicos de raigambre clásica; por su parte, José Cenizo Jiménez rastrea lo popular en algunos pasajes del lírico cordobés, intentando así “demostrar la versatilidad y calidad de nuestro poeta”; y Antonio Cruz Casado insiste en una que se constituye en característica esencial del creador, aclarando por extenso lo que es “Presencia y huella de don Luis de Góngora en algunos libros poéticos de Manuel Gahete”.

Con otro aire de complicidad y de amistad, pero sin dejar aparte la profundización o el acercamiento a la voz siempre personal de Gahete, están escritas las aludidas “Semblanzas”, una sección que abre Luis Alberto de Cuenca y que continúan Elsa López y Juana Castro –véanse sus textos como dos prodigios de sentida etopeya– y después otros como Alfredo Asensi, Francisco de Paula Sánchez Zamorano, Mercedes Antón o Gregorio Morales, hasta ese total de dieciséis nombres reflexionando sobre la dialéctica y la expresión de Gahete o redescubriéndolo tras la vibración y el eco de su palabra en ellos mismos. Si en unos párrafos se encomia la sinceridad y la entrega a la escritura (es el hombre “que escribe inevitablemente, que no recurre a la poesía por notoriedad, por curiosidad o por moda sino por una necesidad de búsqueda y expresión”, pág. 97), en otros se potencia su anhelo continuado de identidad literaria (y por eso Moreno Ayora habla “de su incansable lucha por descubrir su camino y horadarlo con originalidad”); si alguien como lector resalta la emotividad que surge tras la transformación lírica o ahonda, en otro caso, en el secretismo de las metáforas, es porque Manuel Gahete –lo afirma Sánchez Zamorano– tiene a su alcance “esa posibilidad de cambiar, sublimándolo, con la síntesis del lenguaje poético, el universo circundante, y de transmitirlo, vibrante, a los demás”.

Se ha querido completar la publicación con un conjunto de páginas agrupadas en una última sección titulada “Dossier de prosa y versos dedicados”, que permite a diversos poetas homenajear personalmente a Gahete dedicándole composiciones propias, unas veces como simples aportaciones líricas y otras como textos que buscan entronque en su obra o la refieren directamente: sería el caso de José de Miguel, Francisco Carrasco, Carlos Aganzo, Eduardo Moga, José A. Sáez o Antonio García Velasco, si bien la sugerencia más clara corresponde a Leopoldo de Luis, quien remata el segundo de sus poemas con este terceto: “Góngora resucita y nos entrega / el río puro y otra vez despierto / en el cauce seguro de Gahete”. Con una breve prosa lo homenaja también directamente Concha García, deteniéndose “en la sinuosidad de su verso, en la suntuosidad de su poesía, en el contenido brillante de sus palabras escritas”.

No cabe duda de que la personalidad literaria de Manuel Gahete va a ser mucho mejor conocida y valorada con la edición de esta obra, en la que confluyen la crítica, el retrato psicológico, la creación y recreación poética, la epístola personal e incluso la belleza de las variadas ilustraciones que se entremezclan con los textos. Una vez más *Ánfora Nova* ha contribuido a la difusión de la literatura cordobesa y la ha allegado a la altura que debe corresponderle. Con este ensayo sobre la poesía de Gahete, que mezcla en sus páginas el entusiasmo lírico al mismo tiempo que el rigor del análisis filológico o la empatía de vivencias amistosas, *Ánfora Nova* consolida su preocupación por los más válidos escritores del entorno (piénsese en las monografías sobre Antonio Gala y sobre Vicente Núñez) y augura para sí un futuro literario esperanzador que viene precedido por su irrefragable experiencia positiva durante dieciséis años en el campo de la edición nacional e internacional.

*Antonio Moreno Ayora*

## **LA LOBA (Fuenteobejuna, Cordoue, Espagne). LA MINE ET LE VILLAGE MINIER ANTIQUES.**

*Ausonius-Publications, Mémoires 7. Université Toulouse-Le Mirail. Université Michel De Montaigne-Bordeaux III, 2002 (424 pp).*

*De José María Blázquez Martínez, Claude Domergue, Pierre Sillières, et al.*

Además de los directores —coordinadores— de la obra ; Blázquez (Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense), Domergue (Unité Toulousaine d'Archéologie et Histoire —CNRS— Université Toulouse-Le Mirail), y Sillières (Institut de recherche sur l'Antiquité et le Moyen Age, Ausonius —CNRS— Université Michel de Montaigne-Bordeaux III), los investigadores que completan el colectivo de autores de la misma son :

Rafael Hernando Luna (Área de Prospección e Investigación Minera, EU Politécnica de Belmez, Universidad de Córdoba), Olivier Kayser (Service Régional de l'Archéologie, Martinique), Francis Tollon (con C. Domergue), Laboratoire de minéralogie et cristallographie —CNRS—, Université Paul Sabatier-Toulouse), Francisca Chaves Tristán y Paloma Otero Morán (Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Sevilla y Departamento de Numismática del Museo Arqueológico Nacional, Madrid), Michel Passelac (Milieux et sociétés en France méditerranéenne, Archéologie et histoire —CNRS—, Lattes (Hérault)), Valérie Merle-Thirion y Maurice Picon (Laboratoire de céramologie —CNRS—, Lyon), Laurence Benquet (Unité Toulousaine d'Archéologie et d'Histoire —CNRS—, Université Toulouse-Le Mirail) y Fabienne Olmer (Archéologie de la Bourgogne —CNRS—, Dijon), más Pierre Moret (Unité Toulousaine d'Archéologie et d'Histoire —CNRS—, Université Toulouse-Le Mirail).

• • •

La presentación del texto tuvo lugar en la sede de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, el día 25 de marzo de 2003, corriendo a cargo de los doctores José María Blázquez Martínez y Claude Domergue. El evento, realmente,

fue de por sí un acto integrado dentro de las «Jornadas sobre Minería y Metalurgia en el Mundo Romano. 'La Loba', Fuenteovejuna (Córdoba), España» que, coordinadas por el Académico y Censor de dicha Corporación, Rafael Hernando, se llevaron a cabo en el lugar y fecha indicados.

• • •

En etapas anteriores al inicio de las excavaciones de la mina y sus instalaciones –cuyas conclusiones dieron lugar al texto que se comenta–, concretamente en la primavera de 1967, tuvieron lugar diversos “reconocimientos” de La Loba y su entorno, recogidos tanto en las Actas del Seminario de Geología Antonio Carbonell (con sede en la Escuela de Ingeniería Técnica Minera de Belmez) como en diversas publicaciones, relacionadas a continuación, del arqueólogo Juan Bernier Luque –miembro del Instituto de Historia Antigua de la Real Academia de Córdoba–, que, a la sazón, participaba, asesoraba, y más aún, puede decirse que estaba integrado de hecho en el propio Seminario Universitario: diario Córdoba (12/3 y 21/4 de 1967), «Córdoba Tierra Nuestra» (publ. del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1979, ‘Descubrimientos en la zona de Belmez-Fuenteovejuna’ pág. 92-93 y ‘En los Castillejos de Fuenteovejuna’ 96-97). Aquí, el poeta de *Cántico*, respecto a las minas romanas del cortijo de La Loba, redacta con lenguaje sublime la grandiosidad de la obra de los esforzados mineros de aquellos tiempos: “...profundas vetas de plata que visitamos con detenimiento...cientos de esclavos...restos rotos de su pobre vajilla...la técnica minera y el hallazgo de fundentes...condiciones geológicas y arqueológicas descubiertas por este equipo de exploradores”, refiriéndose a los componentes del Seminario de Geología A. Carbonell.

“Esperemos (dice) que el tiempo nos deje al margen, para con este equipo magnífico, ver cosas que nadie ha visto aún” –a la vez que apunta la conveniencia de excavar las minas de La Loba–, y continúa: “y vemos aquí las galerías, las rafas, las trincheras, cavadas en la roca, frente al cerro de Los Castillejos... mondas como un huevo roído por innumerables esclavos... El pueblo minero debió de tener cientos de pequeñas casas, cuyos afloramientos de muros se ven perfectamente rectangulares... Poco tiempo después, este panorama minero desaparece y quedan aquí los pueblos pastores o ganaderos...”. (Todo el área a que se refiere Bernier pertenece al *Municipium Flavius Mellariensis*, es decir, Mellaria).

Luego, al iniciarse las excavaciones oficiales a las que se refiere esta reseña, diversos imperativos hicieron imposible que el poeta de *Cántico* participase en ellas, aunque visitó y siguió el proceso de los trabajos. Por el contrario, el Seminario Antonio Carbonell sí pudo hacerlo, integrándose como componente (dentro del Grupo de Trabajo de la Escuela de Minas de Belmez) en el conjunto interdisciplinar formado por los distintos equipos investigadores.

• • •

Las campañas de excavación, que habrían de llevarse a cabo a lo largo de cuatro años, se iniciaron en el verano de 1978 –más de una década después de la primera serie de reconocimientos antes aludidos–, finalizándose –también en época estival– en 1981, y fueron dirigidas por el Dr. José María Blázquez y por el Prof. Claude Domergue,

respecto a quien debe decirse que fue el alma de aquellos trabajos, en reconocimiento de su esfuerzo, presencia y total dedicación.

En lo que respecta al Seminario A. Carbonell, cumplió con sus cometidos –cuatrienales, durante toda la actividad– tanto en las facetas específicamente mineras de interior (excavación, entibación, desagüe e iluminación), como en las geofísicas (detección de estructuras soterradas), topográficas (levantamiento de planos) y –quizá de manera especial– geológicas (mineralogía, petrografía, estratigrafía y tectónica). La sede de estudio –a manera de ‘cuartel general’ y residencia, taller, oficina técnica, almacén y otros servicios– estuvo ubicada en la vecina localidad de Belmez, en los locales de la Escuela Universitaria de Ingeniería Técnica Minera de Belmez.

• • •

Además de las referidas publicaciones del escritor Juan Bernier, a lo largo del período de excavaciones, y especialmente después de éstas –pero siempre antes de la edición del libro que aquí se comenta–, salieron a la luz toda una serie de escritos sobre el particular, como los siguientes: Blázquez Martínez, J. M<sup>a</sup>. (1981). *Poblado de Esclavos mineros en Fuenteovejuna*, Revista de Arqueología, 3, 7-12; (1982/83). *Noticias sobre excavaciones arqueológicas en la mina republicana de La Loba (Fuenteovejuna, Córdoba)*, Corduba Arqueológica, 12, 28-39; Domergue, C. (1987). *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*. Publications de la Casa de Velázquez. Serie Archeologie VIII, t. I, Madrid, 135-137; Vaquerizo Gil, D., Murillo, J. F., Carrillo, J. R., Moreno, M. F., León, A., Luna, M. D. y Zamorano, A. M<sup>a</sup>. (1994). *El Valle alto del Guadiato (Fuenteovejuna, Córdoba)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 115-128 y 197-204; Domergue, C., Hernando Luna, R. y Follon, F. (1999). *Mina y metalurgias antiguas en «La Loba», Fuenteovejuna (Córdoba)*, IV Simposio sobre Patrimonio Geológico y Minero, Belmez (Córdoba), V. I, 128-133 –Sociedad Española para la Defensa del Patrimonio Geológico y Minero–; Hernando Luna, R. (2000). *Arqueología y geología en la naturaleza: la obra de Juan Bernier y el Seminario Universitario «A. Carbonell T-F»*, Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, 138, 142-152.

• • •

El libro, muy cuidado en sus diferentes apartados, recoge en toda su complejidad el desarrollo, resultados y conclusiones de las excavaciones de la mina y el poblado minero de La Loba, situados unos 5 km. al NE de la localidad de Fuenteovejuna –el lugar cae dentro del ámbito de la Hoja n<sup>o</sup> 879 (Peñarroya Pueblonuevo) del Mapa Topográfico Nacional de España, E: 1:50000–.

Los trabajos, incluso en su fase previa de exploración, fueron acometidos por y bajo el patrocinio de tres instituciones, personalizadas a esos efectos por sendos investigadores (como figura en el texto en la página 11), que son: Université de Toulouse-Le Mirail (C. Domergue), Universidad Complutense de Madrid (J. M<sup>a</sup>. Blázquez) y Escuela Universitaria de Ingeniería Técnica Minera de la Universidad de Córdoba (R. Hernando).

El territorio, carbonífero de facies continental Namuriense-Westfaliense, se encuentra recubierto en general por un ligero tapiz plio-cuaternario, y en él, los plegamientos hercínicos intruyeron riolitas, en cuyas fracturas habrían de encajar finalmente los filones que nos interesan en La Loba: tres, norteados, metalizados en Pb-Zn-Ag, más una cierta

cantidad de pirita y calcopirita.

En estos yacimientos filonianos –muy cercanos a la edificación del cortijo de La Loba–, el material lítico de trabajo, junto con la cerámica, pone bien de manifiesto el hecho de que fueron laboreados hacia el final de la Edad del Bronce. Pero es hacia el año 120 a.C. cuando se inicia la minería romana que, a lo largo de los 30 años de actividad de la explotación, llegó a adquirir no poca importancia. Los denarios más recientes encontrados han sido fechados en el año 119 a.C., habiéndose hallado asimismo ánforas Dressel 1, que pueden corresponder a una etapa ligeramente anterior, lo que no contradice la fecha del comienzo de las labores y de la construcción tanto de las instalaciones mineras como del poblado anexo.

El relavado de las escombreras y la refusión de las escorias romanas en la época contemporánea ha dificultado en gran medida el estudio de los procesos mineralúrgicos y metalúrgicos antiguos, pero se tiene la certeza de que de las menas extraídas se beneficiaba plomo, plata, y posiblemente, algo de cobre. Se obtuvieron pequeños tubos (*tubuli*) de ‘espuma de plata’ (*spuma argenti*) o litargirio, tal como recoge Plinio el Viejo en su *Historia Natural*, 33.

Tanto en los almacenes como en otras edificaciones del poblado, se han encontrado no pocas herramientas de minero –algunas en muy buen estado de conservación–, e incluso se han llegado a poner al descubierto fraguas para la fabricación y reparación de las mismas; por el contrario, en relación con la metalurgia primaria –producción de lingotes y galápagos–, los hallazgos se han limitado solamente a dos crisoles; todo fue ‘reciclado’, como se dijo, en la etapa contemporánea de relavado.

Las viviendas estaban conformadas por conjuntos de casas yuxtapuestas, largas y estrechas, con existencia de hogares en los ángulos de algunas de ellas, reflejándose la influencia itálica y mediterránea, sin entrar en contradicción con los procedimientos locales y el aprovechamiento de los materiales del país en la construcción edificatoria: tapial sobre base de piedra sin labrar (en este caso pórfido riolítico), asentada –sin excavación de cimentación– sobre la dura roca referida.

Tanto la cerámica campaniense como las lucernas y las monedas, han permitido establecer una fiable datación (detallada en las págs. 163-332 del texto) de las labores mineras y de la etapa de permanencia del hábitat.

Como antes se apuntó, puede pensarse que los técnicos y empresarios de esta explotación eran itálicos, en base al significativo numerario romano –en denarios– existente. En otro orden de cosas, el estudio de los numerosos hallazgos de las llamadas ‘ánforas de La Loba’ ha permitido revisar la tipología de las Dressel 1 (ánforas vinarias andaluzas, al igual que las Dressel 7/11, usadas en la Bética para el transporte de pescados y salazones), con lo que se ha conseguido poner de manifiesto que el vino llegaba a La Loba, principalmente, desde Campania, Etruria y otros territorios bañados por el Adriático.

La publicación que aquí se comenta profundiza, naturalmente, en todo cuanto se refiere a la mina, sus técnicas de explotación, fundición, comercio, formas de vida y subsistencia de los trabajadores... Además, en relación con ellos, el estudio de los *graffiti* sobre cerámica ha permitido asegurar a los investigadores que parte de la mano de obra indígena residente en La Loba procedía del noreste (pág. 403), mientras que la presencia de monedas de bronce hispanas apunta a Celtiberia como el lugar de origen de determinado colectivo de mineros. La Loba quizás pueda ser representativa de una cultura mixta, hispanorromana.

Al estudiar el problema de la naturaleza de la empresa explotadora de la mina, se plantean diferentes hipótesis, o al menos importantes matices al respecto: ¿los derechos

de explotación habían sido otorgados en arrendamiento a una sociedad de publicanos, o se trataba por el contrario de una compañía propietaria del yacimiento?. Lo que sí ha quedado claro es que, en todo caso, se trataba de una gran empresa –bien estructurada– como se pone de manifiesto en sus tecnologías de laboreo, mineralurgia, metalurgia, poblado, comercio, mano de obra romanizada, monedas de bronce (Castulo y Obulco) para abonar el salario de los trabajadores..., además de en otras cuestiones de importancia.

Las condiciones profesionales de los recensionistas obligan a decir algo más respecto a las actividades minero-metalúrgicas en La Loba: avances en galería adaptándose estrictamente a la potencia de los filones y sistema de explotación en bancos descendentes. La entibación apenas fue necesaria, ya que los estrechamientos de los hastiales –subverticales– servían de llaves naturales. La dureza de la roca de caja (riolitas) evitaba todo tipo de caídas o derrumbamientos. El transporte interior, tanto de la mena como del estéril –se trata de yacimientos que responden al modelo de *árboles metalizados*– se practicaba mediante capachos, manualmente para los desplazamientos horizontales, y con ayuda de cuerdas –con tornos o poleas– para los verticales (a través del vacío de los propios filones, puesto que no había pozos).

La iluminación, que no habría de resultar imprescindible en los primeros niveles próximos a la superficie, se conseguía a partir de puntos de luz fijos en los hastiales del arrastre, y lucernas en su caso.

En principio, el desagüe (el acuífero de La Loba, de fisuración, es más que considerable) tenía lugar de forma natural sobre los pisos de las labores, hacia el arroyo Montuenga, y con posterioridad, en las zonas profundas, se hacía mediante zacas. Durante la excavación arqueológica subterránea se impuso la utilización de bombas de aire comprimido (comunes en determinadas labores mineras de interior) accionadas por compresor con el fin de desaguar los espacios descubiertos.

Las operaciones mineralúrgicas las hacían aquellos antiguos mineros mediante estrío a mano, con uso de martillos de diorita, sobre gruesas losas de riolita –luego, por el desgaste, convertidas en *pedras con cazoletas*–.

Finalmente, los procesos de fundición se llevarían a cabo en hornos de tazón (como se dijo, no se ha conservado instalación alguna de esta índole), o quizás, más probablemente, en hogares de tipo tinaja –que era lo más común entonces en la región minera de Sierra Morena Central–, en donde junto a las menas (especialmente galena argentífera) se utilizaron dos tipos de fundentes: carbonato cálcico –existe un afloramiento calizo a escasa distancia de las minas– y óxidos de hierro.

En la etapa reciente de las excavaciones arqueológicas, las escorias –previamente retiradas de su lugar de emplazamiento– habían sido refundidas, ya en pleno siglo XX, en la fundición de gran capacidad que la Sociéte Minière et Métallurgique de Peñarroya había instalado en la vecina localidad de Peñarroya Pueblonuevo.

• • •

Muy posiblemente, La Loba haya sido la primera mina subterránea excavada.

Al protagonismo en la investigación de las Universidades Complutense, Toulouse-Le Mirail y Córdoba –Escuela de Minas–, se habían sumado a su vez representaciones universitarias –en algunos casos verdaderos equipos– de París-Orsay, Poznan, Granada, Santander y Santiago de Compostela, además de otras entidades como fue el caso de la Casa de Velázquez o la Federación Francesa de Espeleología del Departamento del Tarn.

○ Luego, para llevar a cabo o completar el estudio del material recuperado en los lugares de trabajo, otros protagonistas –citados personalmente como coautores en la primera parte de estos comentarios– se suman al colectivo expuesto en el párrafo anterior, y son: Universidades de Sevilla, Bordeaux III y Paul-Sabatier (Toulouse); Service Regional de l'Archéologie (Martinique); Laboratoire de céramologie (CNRS, Lyon); Archeologie de la Bourgogne (CNRS, Dijon); Museo Arqueológico Nacional (Madrid) y Milieux et sociétés en France méditerranéenne (Archeologie et histoire, CNRS, Lattes –Hérault–).

○ Tanta disposición –equipos internacionales y carácter interdisciplinar muy diverso– no podía dejar de dar, como así fue, los mejores resultados. Estos, ni que decir tiene, quedan detalladamente recogidos y puestos bien de manifiesto en el libro –nacido ya, de por sí, como un clásico– que aquí, de forma muy somera se comenta, y que habrá de resultar imprescindible para los posteriores estudios de las artes minero-metalúrgicas y su trascendencia en el mundo romano.

*Rafael Hernando Luna y José Luis Hernando Fernández*